

PANORAMA de la Danza en Indo = América

Por Doña María de Baratta.

"Si queréis conocer el alma de un pueblo, observad cómo ríe, llora y juega en sus obras de Arte.—Emerson.

[A realidad nos demuestra a diario cómo caminan paralelas, con la esencia racial de los pueblos, sus manifestaciones artísticas. La música, la danza, la literatura, pintura, escultura y el teatro, completan la visión exacta del panorama espiritual. Hay, pues, que sondear en el alma de los pueblos; saber interpretar la risa, el llanto, el juego, la alegría y el dolor, en su vida cotidiana, manifestaciones escénicas, música folklórica, cantos populares, etc. Humorismo y Dolor. He ahí los dos grandes espejos psicológicos.

En las antiguas civilizaciones indígenas de nuestro Continente, vemos el anhelo profundamente contemplativo y místico por los astros y las manifestaciones de la naturaleza; pueblo panteísta dispuesto siempre al sacrificio por sus dioses, que vivió siempre en perpetua exaltación religiosa, confiándolo todo a lo sobrenatural; por eso produjo un Arte hierático, solemne, silencioso y lleno de misterio. Por eso los Mayas y Toltecas y los pueblos donde pusieron su planta, fueron una oración y un éxtasis. Sus templos y su arquitectura en general son una oración en líneas.

Por eso la danza en nuestros indios es un tributo, mejor dicho quizás: el símbolo de un sacrificio, el sacrificio de todos los días y de todas las horas; pero ennoblecido, sublimizado, esto es, convertido ya en hecho religioso. Dentro de este plano la danza, es como llega a ser la culminación poética de un sacrificio, y ya en función de rito, es decir como manifestación litúrgica, entonces la danza se humaniza y no puede resultar ajena en su función social. Los pueblos primitivos más simples y puros en sus expresiones filosóficas o artísticas, hicieron de sus danzas una forma del culto a su divinidad creadora y sustentadora. Ellos que vivieron en íntima comunicación con la naturaleza, toman de ella el libre ímpetu de su expresionismo convirtiéndolo en manifestaciones de sus ideas y sentimientos.

La danza tuvo su origen en los ritos religiosos de la civilización indígena; allí nacieron los «mitotes» y «areytos», siendo a su vez fuente de nuestra música y sonos autóctonos, que por fuerza tuvieron que crear para acompañar o guiar todas las danzas, de las que dan fe todos los cronistas, y también describen el carácter de la música y sus instrumentos, raíz del folklore cuzcatleco.

En el arte de la danza nuestros indios dieron inequívocas aptitudes y habilidad, bailando con arte y gracia, según testimonio de los cronistas. M. Biart da interesantes detalles respecto a los bailes de los aztecas. Sahagún y Brasseur hacen lo mismo.

La mayor parte de esas danzas eran tan animadas como decorosas y con frecuencia acompañadas de canto por los mismos danzantes, mas también había algunas que eran «caneanescas»

en grado superlativo, tal como el famoso «cucucxxtli», de inverecunda mímica y de procaz letra. Ese baile se efectuaba en la fiesta de la diosa «Nixtcoihuitl» en el mes «Tecuilhuitzintli».

La parte recitada de esas danzas, versaba sobre asuntos históricos o leyendas nacionales; pero los españoles, dispuestos siempre a ver la intervención del diablo en lo que no entendían, prohibieron sus bailes o cambiaban la relación de sus historias, por otras de aquellas tierras de las tres Carabelas.

Eran sus dioses de lo alto: los astros, y también los elementos: Quetzalcoatl (el viento); Tlaloc (la lluvia); Xiuctecutli (el fuego); Tonacacihuatl (la tierra); siendo el hombre, el animal, las plantas y los fenómenos naturales como ya he dicho, destellos de aquellas divinidades. A todos ellos consagraban ritos y ceremonias, para librarse de las asechanzas de los dioses malos o malos espíritus.

El panorama tropical y las condiciones climatológicas influían enormemente en la psicología de la raza y en el carácter y formas de las danzas de nuestros indios: amanecer de añil, oro y fuego en las puestas de sol, montañas vírgenes intocadas y ricas, tierra morena y caliente, naturaleza exuberante y violenta, como las pasiones del indio que vivió y vive en comunicación íntima y constante con ella, desafiando a la fiera, al volcán que ruge y se extremece, al río o al salto de agua, y el indio afiebrado por la hoguera del sol de crepitar violento, su música y sus danzas tienen que haber sido y son el reflejo de esta naturaleza.

Sólo así se explica el ardor y resistencia que el indio pone en sus danzas, y la pasión que comunica al sonar

sus instrumentos. Hay grupos de indios que hacen la ofrenda de danzas (y resisten bailando) noche y día, sin descansar hasta 12 días seguidos.

Al sonido profundo del atabal, a la percusión ronca y vibrante del tepunahuaste y tuntuneo del tambor, uníase antiguamente el repiquetear de los cascabeles de oro y sus ornamentos de jade y obsidiana, para amenizar los ritos ante el dios Quetzalcoatl.

El indio sabía distinguir claramente la invitación a la fiesta y la danza, del atabal alegre, del atabal y tambor que llamaba a la guerra, o del gran tepunahuaste, el terrible instrumento que en lo alto del teocalli frente al ídolo, daba su voz de alarma con su ronco resonar de exterminio y de muerte, cuando el imperio carnicero arrancaba corazones y oferente lo presentaba a su dios Túnal.

Y allá en el corazón de la montaña o en el valle risueño, un círculo de danzantes indios se mueven rítmicamente al compás del sonecito que toca una flauta de caña acompañada por el tepunahuaste o un tambor, que percute emotivamente en el caracol de nuestro audífono como una llamada a la vida racial que ya se va...

Fluyen entonces de todos los pueblecitos vecinos, jóvenes y viejos, dejando sus labores agrícolas y llegan jubilosos al llamado del golpecito percusor, revive al ancestro de su raza. Y el hijo de la madre tierra va vibrante de placer porque en el origen de su casta hubo un danzante que bailaba en todas las ocasiones notables de la vida de su pueblo, y llevando el ritmo de su sangre lo legó a sus hijos, y así por herencia viene la tradición de la danza. Danzaba cuando el sol nace en el

Oriente, también al reventar de la mazorca nutridora, en el combate, en las mancornadas nupciales, en el desenfreno y orgías de los triunfos guerreros, en cuya ocasión sacrificaban a un caballero del Calmecac como mensajero del Sol; danzaban en fin, también cuando Túnal agonizaba en el Poniente, y en todas las ocasiones de su vida. La india ataviada de joyas de semillas, de jades y obsidianas, sobre sus flotantes oriflamas de plumas, sus pies protegidos por cactles de pita o mecate tejidos con primor, danzaba también, y sus erectos pechos morenos, iban desnudos, recibiendo las caricias del viento y los besos del sol...; su cintura apretada por la faja policroma, de la que pendían estrellas y macacos de oro y plata, en los cuales iba grabado el acatamiento a su ley y las insignias de la familia a la cual pertenecía; también sus tobillos iban ceñidos por ajorcas de las cuales pendían sonoros cascabeles de oro, que al danzar tintineaban con un ritmo solemne y hierático.

Nuestros indios instituyeron la danza como el homenaje más elevado a los dioses protectores e intercesores. La danza ritual de hierática expresión, se transformaba en placer espiritual y corporal, en manifestación de la alegría de vivir.

En algunas poblaciones de nuestro país, se conserva todavía la tradición de danzas muy antiguas y aunque han degenerado algunas, hay viejos indios que las describen con su poesía natural en que se ve que aún viven muy en el alma de la raza.

El lujo y aparato de aquellas danzas se dice que fué ostentoso, y aún ahora nuestros indios a pesar de ser pobres ponen todo su empeño al presentarse en ciertos bailes (como la His-

toria de Moros y Cristianos), vistiendo con alarde de lujo trajes de seda bien bordados y adornados con galones dorados y vistosos listones de brocados; lleva además, un capital en valiosos collares y rosarios de filigrana antiguos de oro y plata.

En cambio, en otros bailes, van pobre e improvisadamente vestidos, poniendo solamente el lujo en la perfección como ejecutan sus danzas, pues como ya he dicho, pasan ensayando hasta tres o seis meses los ritmos y la relación de sus representaciones.

La construcción rudimentaria de algunas melodías con que danzan, dan la idea de que sólo son un pretexto para seguir indefinidamente el ritmo del baile.

Pero ellos no podrían bailar con otra música, pues los ritmos de la suya propia, son esencialmente originales e inconfundibles. Los ritmos de los sonos indígenas, no tienen semejanza con los ritmos de los mundialmente conocidos de otras naciones. El movimiento de esos ritmos es poesía pura, y si desaparecieran, habrían desaparecido con ellos el alma de una raza.

Creo que sería un deber de verdaderos hijos de Cuzcatlán, fomentar, recoger y conservar, estimulando en nuestros indios el valor histórico y encanto de estas danzas, para que ellos las difundan y se empeñen siempre más, en revivirlas y mejorarlas. Hagamos como en México y otras naciones apreciadoras de lo suyo, en donde el Ministerio de Educación, nombra misiones encargadas de recoger todos los motivos de los indios y de los criollos, popularizando y ennobleciendo así todo lo que les pertenece. Imitemos también nosotros, en la medida de

nuestras posibilidades, para que no se acaben de perder los últimos vestigios de nuestra cultura primitiva.

Afortunadamente para la raza y para la vida típica de nuestro país, el indio ama sus tradiciones con religiosidad, y aunque con los años pierdan algo de su espíritu por la fuerza de la época, el pueblo conserva con el mismo amor lo que les legaron sus mayores y que constituye fuertemente su psicología. Y llegada la hora de entusiasmo, se le ve danzar, como en las fiestas de Izalco, de Aculhuaca o en cualquiera otra, siempre a tono con el ritmo y ceremonial característico de cada lugar.

En estas tierras de Cuzcatlán, los viejos han mantenido la tradición enseñando a sus hijos, para prolongar e inmortalizar la vida de sus danzas y canciones, tal como los primitivos habitantes de Indo-América conservaban el fuego que recibían como don especial, hasta que se les reveló el secreto de poderlo producir. El género de danza cultivado por el indio en la época precortesiana y sus representaciones, fué más que todo, el religioso guerrero, aplicado en los ritos a sus idolatrías paganas.

Las danzas profanas eran para las fiestas de la cosecha del grano nutridor, (después del rito al dios) o en las leyendas y la tradición o supersticiones, en las cuales representaban farsas con mucho ingenio. A este respecto dice el Padre Landa, refiriéndose a los mayas: «Tenían recreaciones muy alegres, representando farsas con mucho donaire. Usaban atabales y pitos de caña y de huesos de venado, con que acompañaban en sus danzas, como la del «Colonché» o «Jugo de Cañas», y otra guerrera en que bailaban hasta ochocientas personas que llevaban

banderolas en las manos. Fuera de estos bailes, hay otros que persisten todavía, y cuyo paso se marca a veces con aires indígenas, y a veces con trozos españoles».

Todavía se conservan en todo el Continente de Indo-América muchas danzas indígenas en su purismo primitivo, y en las que se observa, que las aprendieron e imitaron inspirándose en los movimientos corporales de ciertos animales; de allí el paso del «Tunco de monte», el paso de «La Yegüita», del «Venadito», etc.

Así como la melodía de los sonos imitaron el canto de los pájaros, y su ritmo (como en los movimientos de la danza) fué imitado también, en el correr o trotar de algunos animales cuadrúpedos.

Las tribus indígenas de los Hopi, Zuni, Pueblo y Navajo, que habitan los territorios de Arizona, mantienen desde remotas épocas, la tradición de sus danzas en honor al «Gran Señor de la Lluvia». Cada tribu baila su danza típica o de sus antepasados, y al final todos coinciden con la «Danza de las Serpientes». Una tribu baila ante la imagen del dios «Sol de los Semo-kis» que es también el símbolo de la danza: otra tribu baila la danza de las «Esparcidoras del Maíz Sagrado»: otra, la danza del «Arco Iris»; otra, la principal, baila «La Danza de la Gran Serpiente de Plumas»; en ésta, las mujeres cantan sin interrupción, viejas consejas de la tribu en su lenguaje vernáculo; y llegado el momento final, todas las tribus danzan «La Danza de las Serpientes» ante «El Gran Señor de la Lluvia».

Las grandes culturas no han permitido que se perdiera la Danza Real.

En el antiguo México, los Reyes y los príncipes danzaban cada cuatro años en la celebración del Fuego Nuevo; «Forman afuera: Moctezuma, que dirige la danza, viene seguido por los otros; los dos grandes reyes: Netzahualpilli, rey de Tetzaco, y Totoquihuaztli, rey de Tepaneca, vienen a su lado; los espectadores se estremecen de horror mientras la danza prosigue».

Nuestros indios ponen toda su alma y sinceridad en sus danzas, pues en la mayor parte de ellas, lo que representan lo han vivido y lo siguen viendo todavía. Está enraizado en su yo el sedimento racial, no solamente el físico, sino el espiritual. Y así podemos ver que cuando los monarcas del antiguo México, poseídos de los dioses en la ronda principesca de Moctezuma: «el emperador entra danzando seguido por los dos grandes reyes, Netzahualpilli, rey de Tetzaco y Totoquihuaztli, rey de Tepaneca, quienes danzan a su lado. El miedo invade a los asistentes mientras los reyes danzan.

Este miedo, es un miedo religioso, pues se dan cuenta de que el emperador y los reyes están poseídos por los dioses al que cada uno representa. Y los tres soberanos, están poseídos por los dioses porque creen en ellos.

El éxtasis que se ha apoderado de los reyes, como un fluido magnético, se ha extendido a los asistentes, infundiéndoles el miedo religioso de sentirse en presencia de los dioses que ven animados por el baile. Este fenómeno se ha podido efectuar mediante el poder mágico de la sinceridad y de la fuerza espiritual puestos al servicio de la danza.

No solo los Navajos ejecutaban la danza de «La Gran Serpiente Emplu-

mada», pues ésta según creo, tuvo su origen en la gran cultura tolteca, pues su Jefe, Quetzalcoatl, quiere decir nada menos que «Serpiente Emplumada».

Cuenta Sahagún con respecto a esta vieja danza de los Toltecas, lo siguiente: «No hacían cabriolas ni otro movimiento alguno, no movían las manos hacia atrás y hacia adelante, no hacían movimientos de lanza con las manos, no inclinaban el cuerpo, no daban vueltas, no se dirigían en dirección alguna determinada, no caminaban hacia atrás —caminaban, danzaban queda, lenta, deliberadamente; su danza era Una Sola y Gran Serpiente. Nadie hacía movimiento alguno, no había disturbio ni confusión. Y abrazaban el cuerpo de las mujeres; sólo a los grandes caciques y a los hermanos mayores no se les permitía tomar a las mujeres por el cuerpo. Y la danza terminaba cuando había muy poquito sol, cuando el sol estaba a punto de desaparecer. Entonces rompían la línea y se apartaban caminando. Y en todas las casas y en todas partes cantaban a sus dioses «Dos Cañas» (dios del viento) y «Siete Serpientes» (la diosa del trigo).

Dos detalles de esta danza son particularmente interesantes: en primer término, la forma de la danza no es el logro de un objetivo, sino más bien una circulación continua; y en segundo lugar, que la diosa del trigo, en cuyo honor también se practica en otras ocasiones esta danza, se llama «Siete Serpientes». Es así como esta danza es una imitación del movimiento serpenno, inconfundible por el símbolo sagrado que representan y a quien ellos dedican. Esta danza pertenece al carácter de las Danzas Sagradas, pues el culto a Quetzalcoatl o Serpiente Emplumada era uno de los principa-

les de los Sacerdotes en el Calmecacy todos los Toltecas en general.

Eran famosas también entre nuestros indios, las danzas dedicadas al «Gran Señor de la Lluvia», y las danzas dedicadas a la fertilidad de los campos y para pedir la buena cosecha.

Los Tarahumaras mejicanos hacen que un hombre dance y cante durante toda la noche frente a una choza desocupada con el propósito de bendecir a los hombres que están trabajando en el campo.

Los Tarahumaras, ejecutan la Danza del «Rutuburi» imitando el paso del pavo; la del «Yúmare», imita el del conejo, y la del «Juculí», el del cuervo. Montes de Oca en su libro sobre «Danzas Indígenas» nos dice: «La danza del «Yúmari» se verifica para despedir al Sol y a la Luna. Ejecútase a la luz de un fuego mortecino y los danzarines parecen fantasmas de un juego de brujas. Los cantos del «Yúmari» dicen: que el grillo quiere bailar, que la rana quiere bailar y brincar, que la garza azul quiere pescar, que la zorra gris aúlla, que la lechuza está bailando lo mismo que la tórtola.

Además de la danza sagrada del «Yúmare», bailan las danzas de «Pascales»; hay «Pascol del Venado», de la «Paloma», del «Cuervo» y de «La Serpiente»; en otros lugares de México tenemos muchas danzas primitivas, de que nos habla Rubén M. Campos, como la de «La Peregrinación de Aztlán» y la «Danza de la Malinche». Los tarascos también conservan muchas danzas tradicionales; citaré otras muy típicas y antiguas: entre los tarahumaras, indios de la Sierra Occidental de Chi-

huahua o llamada también Sierra Tarahumara, hay la costumbre de reunirse todos de tiempo en tiempo para las «tesguinades» o embriaguez colectiva; o bien cuando sienten la necesidad de dar gracias a Dios por los beneficios que recibieron o para implorar alguna merced divina. En este último caso, se dan cita para llevar a cabo la celebración de una fiesta religiosa en la que cantan, danzan y comen. La fiesta la llaman: «Titiguri»; la comida se llama: «Tónari» y la designan «Yúmare».

La ceremonia es una mezcla de prácticas paganas, de creencias indígenas y de ritos católicos. Además del «Yúmare», bailan la danza conocida con el nombre de «Matachines» y los «Pascoles». Danzan también la «Danza de los Inditos de Chalma».

Siguiendo la trayectoria de Norte a Sur de nuestro Continente Indo-Hispano, la historia nos da cuenta y nos habla de varias danzas que usaban los indígenas de Guatemala, entre ellas el drama baile «Rabinal-Achi, también conocido con el nombre de «Baile del Tun»; la célebre danza «Quiché-Vinak», y otras que menciona el «Popol-Buj», entre ellas el «Baile del Venado» que se estila todavía en muchos lugares tanto en México como en Guatemala y El Salvador y en otros lugares de Centro América.

En Guatemala todavía hace cincuenta años, bailaban la danza «Hunapu-Qoy» en los lugares de Mazatenango y Retalhuleu. También se conocen las danzas escénicas guatemaltecas, acompañadas de cánticos y diálogos, superviviendo algunas: la de «Puhuy», la de «Cux», la del «Iboy», la del «Itzul», la de «Chitic», la de «El Viejo» (en Quezaltenango), la de «Quiché-

Vinak» (en Rabinal). Esta última encierra la profecía de la Conquista. Tenemos también en Guatemala la danza denominada «Oxtum», famosa por su liviandad y por psicalíptica. Era bailada al son de largos cuernos y caracoles, la cual fué prohibida por las autoridades del coloniaje. El cronista Fuentes, respecto a esta danza refiere que en una ocasión, queriendo los indios de Olotenango, pueblo inmediato a la ciudad, hacer uno de sus bailes, que llamaban «Oxtum», no quiso el Presidente permitirselos, pues tales entretenimientos estaban prohibidos, suponiéndose que representaban cosas supersticiosas del tiempo del gentilismo. Empeñados los indios en bailar el «Oxtum» llegaron a ofrecer al Presidente mil pesos porque se les permitiera hacerlo; lo cual, dice el cronista, despertó las sospechas del General Mencos, que mandó castigar severamente a los solicitantes para ejemplo de los demás. Añade que en aquel baile, en que los indios danzan con trajes y figuras de demonios, «hacen cosas increíbles» y que se preparan a él con ayunos y ceremonias, no juntándose con sus mujeres y guardando silencio durante algunos días.

En El Salvador y Honduras sabemos que antiguamente se bailaba la danza indígena «El Toncontin», y en la que tomaban parte cuarenta indígenas adornados con hermosísimos penachos de plumas, y al ritmo del tepunahuaste o de varios tambores ejecutaban las diversas evoluciones y figuras. También aquí en El Salvador nuestros indios bailaban antiguamente y todavía se acostumbra en algunos lugares «El Baile del Palo» agregando suertes en el suelo. Entre nosotros una danza muy antigua y verdaderamente autóctona es el «Cújtán-Cuyámet» (Tunco de Monte). Bailada antiguamente y

aun ahora con sólo la percusión y ritmo del tepunahuaste, y en algunos lugares acompañada también con una melodía muy rudimentaria en el pito de caña. Creo que fué en su forma primitiva un melodrama similar al «Rabinal-Achi», pero que a raíz de la conquista se le impuso la nueva forma que hoy practica. O bien pudo ser y es todavía (aunque interpolando la ofrenda cristiana, de la conquista para acá) un «Pascol». «El Pascol del Tunco de Monte»; esto me parece más aceptable.

Tenemos en tierras de los Izalcos, los Coros de «Ijeul Ijeul», la «Shoro», «La Danza de los Indios Bárbaros», y otras. En otros lugares del Centro, Occidente y Oriente de nuestro territorio, se bailan: «El Venadito», «Los Negritos», «La Yegüita», «La Partesana», «La Danza de los Plumeros» o «Conchaguas» (que creo es la misma del «Toncontin»), etc., etc., que no han perdido su carácter primitivo.

Brasseur de Bourbourg transcribió en París las danzas «Naachú Nasumanicu» (danza de los novios), «Naachú-Dañamo» (canto del hombre), y «Nagzdagañu» (vientos del Sur o baile de la muerte). Todas de Nicaragua. Es también de esa República la danza denominada: «Vuela de Jerco», y en Panamá los indios de San Blas tienen una danza muy primitiva que denominan: «El Noga Cope» (danza báquica); el «Tamborito», danza autóctona de Panamá, así como también la famosa y vistosísima «Poyera Panameña».

Son numerosísimas las danzas de los diferentes lugares de la América del Sur, siendo de muy destacada cultura las incaicas del Perú, Bolivia y Brasil.

El Gran Imperio de los Incas, tuvo en su vida religiosa y civil suntuosas manifestaciones, en las cuales como parte principal y esencial intervenían las danzas. Así, son de gran renombre en aquel Antiguo Imperio: la gran fiesta del «Khapak Raimi» (Gran Danza Solemne), en el Solsticio de Diciembre, el mes del Raimi. Enero, el Pequeño Madurar de las mieses («Huchuy Po Koy»); Febrero, el Grande Madurar («Hatun Po Koy»); Marzo, Pañal Florido, Prado hermoso («Paucar huarray»), con la fiesta principal de la ceremonia del Fuego Nuevo (Mosok nina), en el Equinoccio; Abril, el de las Mazorcas de Maíz («Ayrihuay»); Mayo, el de la Cosecha («Aymuray»); Junio, el del Inti Raimi («Danza Solemne del Sol»), con la gran fiesta en el Solsticio; Julio, el de la Danza Grande del cobre («Anta asitua»), que tiene un significado algo oscuro, para nosotros; Agosto, el de la Gran Danza Principal («Khapak asitua»), con el comienzo de la siembra; Septiembre, el de la Danza de las Princesas («Koya raimi»), con la fiesta principal del Asitua Raimi, en el equinoccio; Octubre, el de los Difuntos («Ayamarca»), también con su fiesta de conmemoración; y, por último, Noviembre, simple transición al mes de «Khapak Raimi».

En el Perú y Bolivia son famosas también las danzas de los «Cullahuas» o de «Quenalis», vestidos con blancos y plegados pollerines caminan alegremente o dan vueltas en rueda al compás de la música. Dice el indigenista peruano Emilio Romero: «El huaiño de una vaga alegría triste, floración maravillosa de las estepas donde cantan las balalaicas y domras...»

«La de los «chiriguanos», con movimientos bruscos y belicosos, tiende a inspirar miedo y admiración».

La de los «choquellas», con el típico Kusillo, cuyo disfraz lo transforma en mono, es la danza festiva encaminada a levantar el buen humor. Es famosa la danza de los «Tundiquis» en las colonias yungueñas.

En Bolivia tiene fama y gran renombre la danza de los «Cullawas» (con una música de aire moderado, y brillante o sombreada, según el Modo Mayor o Menor que se emplea. En los lugares de Huaicho, Ayata, Inquisivi), de los Llaneros, de los Viejecitos (Auquiauqui), de los chunchos, etc.

Una prueba más de la importancia de la danza en los ritos de todo el Continente Indo-Hispano, son las numerosas danzas que para sus diferentes ceremonias, tenían, tanto los guaraníes del Paraguay, como los tupíes del Brasil y los chiriguano del Parapití, tres ramas pertenecientes al mismo tronco étnico.

Entre los chiriguano, hoy reducidos por los misioneros franciscanos, todavía se practican algunas danzas como

la «Mbapa-pauré» y la «Ayarisé», con sus correspondientes acompañamientos musicales.

Sería labor de muchos capítulos reseñar todas las danzas del continente Indo-Hispano, pues a pesar de que muchas han desaparecido ya, sin embargo las de más fuerte tradición y característica se encuentran todavía, por la devoción y arrullo con que los indios tratan de conservarlas.

Aquí en Cuzcatlán tuvimos y aún superviven, muchísimas danzas, siendo algunas de ellas bajo todo punto de vista, muy originales, y verdaderamente autóctonas.

En capítulo aparte me referiré a todas las danzas que he visto y oído en mis excursiones por diferentes lugares de nuestro territorio, para lo cual he tratado de clasificarlas por épocas y en los diversos grupos raciales que aún subsisten aquí en El Salvador. Esas épocas, serán como sigue: época primitiva, época de la conquista, y época después de la conquista.

Maria M. de Baratta

